

COMENTARIO Acoger las diferencias y no juzgar

La cizaña es una mala hierba muy parecida al trigo que crece juntamente con él, causando perjuicios a la cosecha. Su parecido con el trigo hace imposible arrancarla sin perjudicar a éste. Los griegos conocían esta mala hierba como «zizanon», de donde proviene su nombre castellano. Solemos dividir a la gente. Buenos y malos deben estar separados y en extremos opuestos. Esta práctica de dividir entre buenos y malos ya la hacían los grupos religiosos contemporáneos a Jesús.

Jesús llama a la apertura de mente y corazón para acoger con esperanza a quienes aparecen ante nuestra vida como diferentes. Necesitamos apertura para acoger la diferencia, que siempre estará presente en la humanidad, No hay que ignorar la presencia del mal en la historia, como reconoce Jesús. Pero sólo a Dios le corresponde juzgar, con inmensa justicia y misericordia, a cada ser humano.

SABÍAS QUE... Galilea, tierra de diversidad Jesús vivió gran parte de su vida en una región denominada Galilea. En ella convivían la cultura griega y la judía, razón por la que era considerada «tierra de paganos». La pluriculturalidad de Galilea molestaba a los círculos del judaísmo radical de Jerusalén. En Galilea la mezcla de culturas era manifiesta. Buena muestra de ello son las construcciones de corte griego que se alzaban por doquier. Era una cultura de contaminación. Por este motivo los judíos ortodoxos afirmaban que de Galilea no «salen profetas», y lo decían refiriéndose también a Jesús.

ORACIÓN

Te damos gracias, Señor, por habernos creado diferentes, únicos y originales. En la diferencia está nuestra riqueza.

Señor, quiero mostrarme abierto a la riqueza de quienes me rodean, dispuesto a aprender de los demás para crecer.

Señor, que sepamos vivir unidos pero respetando nuestras diferencias. Señor, enséñanos a ser amigos de todos y a ofrecer lo mejor que hay en nuestro interior

Web Santa Clara: www.parroquiasantaclara.com

DONATIVOS EN CUENTA PARROQUIA. 2095 3188 03 1094524625



COMUNIDAD DE SANTA CLARA SANTA KLARA KOMUNITATEA

Lectura del santo evangelio según san MATEO 13,24-43

En aquel tiempo, Jesús propuso esta parábola a la gente: –El Reino de los Cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras la gente dormía, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga, apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo: –Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña? Él les dijo:–Un enemigo lo ha hecho. Los criados le preguntaron: –¿Quieres que vayamos a arrancarla? Pero él les respondió: –No, que podríais arrancar también el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega y, cuando llegue la siega, diré a los segadores: «Arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero». Les propuso esta otra parábola: El Reino de los Cielos se parece a un grano de mostaza

que uno siembra en su huerta; aunque es la más pequeña de las semillas, cuando crece es más alta que las hortalizas; se hace un arbusto más alto que las hortalizas, y vienen los pájaros a anidar en sus ramas. Les dijo otra parábola: –El Reino de los Cielos se parece a la levadura; una mujer la amasa con tres medidas de harina y basta para que todo fermente. Jesús expuso todo esto a la gente en parábolas y sin parábolas no les exponía nada. Así se cumplió el oráculo del profeta: «Abriré mi boca diciendo parábolas; anunciaré lo secreto desde la fundación del mundo». Luego dejó a la gente y se fue a casa. Los discípulos se le acercaron a decirle: –Acláranos la parábola de la cizaña en el campo. Él les contestó: –El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del Reino; la cizaña son los partidarios del Maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la cosecha es el fin del tiempo, y los segadores los ángeles. Lo mismo que se arranca la cizaña y se quema, así será el fin del tiempo: el Hijo del hombre enviará a sus ángeles, y arrancarán de su Reino a todos los corruptores y malvados y los arrojarán al horno encendido; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga.

Palabra del Señor

Hoja Dominical nº 201 20 de julio de 2014

Colaborar o no con un proyecto

«Reino de los cielos», es la expresión con la que Jesús se refiere al proyecto del Padre, sobre el mundo y sobre sus hijos. Para Jesús este Reino fue su comida y su bebida. Lo demás se da por añadidura. Invita a sus discípulos a que anuncien este Reino a toda criatura. Si se recogiesen en un cuadro los valores de este Reino, saldría un dibujo precioso, y los cristianos lo cantamos muchas veces en la liturgia y en nuestras reuniones: «Anunciaremos tu Reino, Señor, Reino de Paz y Justicia, Reino de Vida y Verdad, Reino de Amor y de Gracia, Reino que ya ha comenzado, Reino que no tendrá fin». Es un reino de Padre y hermanos. Como en cualquier familia y grupo que se quiere, los preferidos son los más débiles, los más necesitados. Y el juicio de las relaciones entre ellos se hace según la actitud que se tiene con estos necesitados. Así lo expresó Benedicto XVI, en su Encíclica *Dios es amor*, 15: «Las grandes parábolas de Jesús han de entenderse también a partir de este principio. El rico Epulón (cf. Lc 16,19-31) suplica desde el lugar de los condenados que se advierta a sus hermanos de lo que sucede a quien ha ignorado frívolamente al pobre necesitado. La parábola del buen Samaritano (cf. Lc 10,25-37): Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar. En fin, se ha de recordar de modo particular la gran parábola del Juicio final (cf. Mt 25,31-46), en el cual el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana». Palabras que bien pudieran ser colocadas sobre la masa de trabajo de cualquier dirigente social, político o económico, cristiano o no, de nuestros días. En la Parábola del sembrador aparecen los «ciudadanos del Reino» y los «partidarios del Maligno». Han brotado tan pegados en el campo, que el dueño decide que crezcan juntos hasta el momento de la siega. Así ha sido y así sigue siendo hasta hoy. En Cáritas se trabaja a favor de los pobres de una forma organizada desde hace muchos años.



Siempre ha sido su tarea muy reconocida. En décadas anteriores se atendió mucho a la cosa asistencial. Eran los tiempos de los vales, los paquetes de comida, etc., que desgraciadamente hoy parece que hay que recuperar, ante las necesidades elementales de la gente, y no solo por Cáritas.

En los últimos decenios, Cáritas ha evolucionado hacia la denuncia profética. Se trata de ir a la raíz de las injusticias que provocan estas situaciones de marginación. Esta actitud ha causado un malestar en algunos medios que se han podido sentir aludidos. Nunca fue fácil la tarea de los Profetas. Hemos perdido el sentido de la responsabilidad fraterna; en una cultura del bienestar, en la globalización de la indiferencia.

Lucio Arauzo, Revista Eucaristía

SEMBRANDO

De aquel rincón bañado por los fulgores del sol que nuestro cielo triunfante llena; de la florida tierra donde entre flores se deslizó mi infancia dulce y serena; guardo el extraño ejemplo, nunca olvidado, del sembrador más raro que hubo en el monte. Una tarde de otoño subí a la sierra y al sembrador, sembrando, miré risueño; quise saber, curioso, lo que el demente sembraba en la montaña sola y bravía, «Siembro robles y pinos y sicómoros; quiero llenar de frondas esta ladera, quiero que otros disfruten de los tesoros que darán estas plantas cuando yo muera.

Acaso por ser niño, te asombre mucho el soberano impulso que mi alma enciende; por los que no trabajan, trabajo y lucho; si el mundo no lo sabe, ¡Dios me comprende! Por eso, cuando al mundo, triste, contemplo, yo me afano y me impongo ruda tarea y sé que vale mucho mi pobre ejemplo aunque pobre y humilde parezca y sea. Hay que ser como el agua que va serena brindando al mundo entero frescos raudales. Hay que vivir la vida sembrando amores, con la vista y el alma siempre en la altura». Dijo el loco, y con noble melancolía por las breñas del monte siguió trepando, y al perderse en las sombras, aún repetía: «¡Hay que vivir sembrando! ¡Siempre sembrando!...». *Marcos Blanco Belmonte, «Sembrando» (selección)*